

LAS LESBIANAS ORGANIZADAS

*Gloria Careaga Pérez*¹

INTRODUCCIÓN

La invisibilidad de las lesbianas ha sido uno de los desafíos más importantes que este sector de la población enfrenta. La escritura de la historia de las mujeres destacando momentos históricos, sus contribuciones en distintos campos del conocimiento, su presencia en los procesos de transformación social y la propia construcción del ser mujer en distintas culturas y periodos históricos, se ha constituido en una de las estrategias importantes del feminismo para dar visibilidad a la participación de las mujeres en la sociedad que hoy vivimos. No obstante y a pesar de que en los textos históricos generalmente se hace referencia a las diferencias étnicas o de clase de las actoras sociales, pareciera que hay dimensiones, como la de ser lesbiana, que no sólo no se tocan, sino que se evaden.

Algunas veces he considerado que esto es resultado de la necesidad del movimiento feminista mismo por quitarse de encima el estigma de la lesbiandad del movimiento; otras veces, llego a sospechar de ciertos pruritos morales o tal vez de la distancia que el feminismo tomó respecto de la sexualidad y de la vida íntima como objeto de estudio, para orientarse al análisis de la realidad social en su conjunto. No lo sé, la verdad es que las lesbianas no están. Sólo Norma Mogrovejo (2000), una autora peruana radicada en México desde finales de los años 80, ha publicado un texto sobre el movimiento lésbico en México, a pesar de los intentos que desde el Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG) de la UNAM, pretendimos desarrollar para que las protagonistas emprendiesen esa tarea. En ese sentido,

¹ Profesora de la Facultad de Psicología de la UNAM.

el desafío de escribir un texto sobre trayectorias del movimiento lésbico en México resulta una tarea por demás complicada, donde hay mucho que leer entre líneas y adivinar lo que se está queriendo decir u ocultar.

El movimiento feminista señala que las mujeres han formado parte de la historia de la humanidad, entonces yo me pregunto ¿las lesbianas no? ¿cuándo fue que en México se empezaron a mostrar las primeras expresiones lésbicas y cuáles fueron sus consecuencias? Una pregunta inútil tal vez, ya que al ser invisibles difícilmente lo podemos develar.

La presencia de expresiones sexuales alternativas así como de expresiones de género diversas es evidente en las distintas aproximaciones históricas que sobre las mujeres se han hecho. Se podría decir que las mujeres “diferentes” han estado presentes y activas en la construcción de la sociedad que hoy tenemos. Quiénes de ellas tuvieron prácticas sexuales lésbicas y cuándo, desde esta condición, participaron en la búsqueda de un cambio social, es muy difícil de señalar dado que existe un silenciamiento sobre el tema, además de la propia censura, ya que la gran mayoría se mantiene en el anonimato bajo el temor de ser “descubiertas”. Para colmo, la información que las lesbianas y los grupos de lesbianas han producido —venciendo los obstáculos para publicar—, se encuentra dispersa o poco accesible.² Así, reconozco que este escrito está centrado en la información accesible y en mi propia experiencia, consciente incluso de que dejaré fuera algunas de las referencias con las que he perdido contacto.

LAS PRIMERAS AGRUPACIONES

El Movimiento Lésbico Gay³ en el mundo tiene más de un siglo de historia, desde 1897 en Berlín. Estas iniciativas, sin embargo, se disolvieron por su persecución durante el nazismo, por la imposición de modelos férreos en

² El Clóset de Sor Juana y el Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG) de la UNAM, dos de los lugares que identifiqué con materiales organizados, se encuentran durante el proceso de escritura de este texto en mudanza y en remodelación respectivamente.

³ En este trabajo, cuando hago referencia al movimiento lésbico gay, me refiero principalmente a su presencia en la Ciudad de México donde, a pesar de los múltiples esfuerzos por su nacionalización, el conocimiento detallado de su desarrollo en los estados es para mí incipiente. Del mismo modo, me refiero inicialmente al movimiento lésbico gay en virtud

los países comunistas y por los principios fundamentalistas de algunas religiones. El movimiento contemporáneo resurge la lucha desde el norte de Europa y la costa oeste de Estados Unidos en los años 50, pero realmente el parteaguas que globalizó esta lucha fue el surgimiento de una nueva perspectiva de izquierda que dio lugar a la lucha por los derechos civiles, los movimientos nacionalistas que rompieron el colonialismo, los movimientos estudiantiles, el movimiento ecologista, el movimiento feminista y las críticas a la familia, a la sexualidad y sobre la condición de las mujeres. La liberación gay y el feminismo lésbico irrumpieron dando lugar a formaciones organizativas de lesbianas y gays en casi todo el mundo. Distintas publicaciones dan cuenta de ello y hoy las listas de discusión e información o de contacto circulan fluidamente a través de Internet por todo el mundo.

Pero si bien hoy existen grupos y organizaciones de lesbianas y gays en todo el mundo, sus expresiones y objetivos son muy diversos, los contextos culturales que les sustentan y orientan significan de distintas maneras su condición y dan lugar a distintas formas de organización. Al mismo tiempo, las condiciones sociales que enfrentan en cada país haría muy difícil imaginar un desarrollo terso y lineal (Adam, Duyvendak y Krouwel, 1999). Incluso, observando su recorrido se identifican distintos factores que van determinando los giros y desafíos que se van planteando, algunas veces como parte de la orquesta global; otras, en respuesta a su condición particular. Afortunadamente, los estudios sobre las distintas expresiones de género y sobre la sexualidad se han ido incrementando y cada vez más las universidades y los centros de investigación colocan a éstos en el centro de sus análisis.

La crónica del movimiento lésbico en México exige comprender algunas de las características necesariamente relacionadas con el ser sexo-diverso, el que se aparta de la versión hegemónica de la sexualidad-reproductiva. Uno de los elementos centrales que caracterizan a las personas con sexualidades alternativas es el silencio o mejor dicho el silenciamiento de su condición sexual. En este sentido, las primeras manifestaciones del movimiento lésbico gay se orientaron precisamente a la búsqueda de su reconocimiento, a ser visibles en una sociedad que no sólo los rechaza sino que los ha negado. Si

de que así fue denominado al principio de su presencia pública, y sólo hago referencia al mismo como LGBT ante la consideración de otras identidades, más recientes.

bien a lo largo de la historia podemos identificar a mujeres y hombres que con sus actitudes y manifestaciones enfrentaron al mundo con su diferencia sexual, las primeras acciones públicas a favor de la diversidad sexual con una orientación abiertamente política se dieron en la década de los setenta.

La primera agrupación lésbico gay surgió, como la mayoría de las organizaciones sociales de esa época, después de más de un año de reflexión entre estudiantes e intelectuales que provenían del movimiento estudiantil de 1968. El Frente de Liberación Homosexual⁴ de México (FLH, 1971) demandaba el cese de la discriminación legal y social hacia los homosexuales, educación sexual que incluyera la homosexualidad, la despatologización de la homosexualidad, y el cese de la persecución policiaca y los despidos laborales. Destaca entre sus integrantes Nancy Cárdenas, militante del partido comunista, escritora y directora de teatro, la primera cara pública del movimiento lésbico gay en México. Nancy es una figura emblemática del movimiento lésbico. La articulación internacional que logró con las organizaciones y lesbianas participantes en la I Conferencia Mundial de la Mujer que se celebró en México en 1975, posibilitó ampliar las perspectivas y abrir una discusión que hasta entonces no existía. Para entonces, ella ya había aparecido en un noticiario de gran cobertura en el país.

En 1977 se funda Lesbos, el primer grupo de lesbianas feministas liderado por Yan María Castro. Lesbos era un grupo que se manejaba en el clóset, en la clandestinidad. Realmente era un grupo de reflexión en torno al patriarcado, la sexualidad y la vida de personajes históricos (Jiménez, 2000). Muchas de sus integrantes habían participado en grupos feministas y esa experiencia había significado en algunos casos el aislamiento, debido probablemente a un proceso de autorepresión dada su diferente orientación respecto de la mayoría y una velada censura por parte de ésta. Cuestionó la heterosexualidad y la monogamia. Lesbos partía del hecho fundamental de que el lesbianismo no se reduce a la relación de carácter sensual, sino que conlleva toda una nueva actitud ante la vida y es la negación a someterse al papel tradicional de la mujer (*Fem*, 1977). Planteaban que de ninguna manera pretendían transformar a la sociedad en homosexual, ni pensaban

⁴ Lo homosexual aquí hace referencia a lesbianas y gays, ya que el término lesbiana se empieza a utilizar en México hasta finales de los setenta.

que fuera la única forma de relación social; veían a la homosexualidad y al lesbianismo como una opción dentro de las relaciones humanas (González, 2001). A pesar de sus intentos no lograron ingresar a la Coalición de Mujeres que agrupaba a las mujeres feministas; sólo algunas de ellas participaron de manera individual en las actividades de la Coalición a favor de los derechos de las mujeres, lejos de cualquier mención de la condición lésbica.

La necesidad de un activismo abierto y público entre algunas de las integrantes de Lesbos generó el rompimiento y posiblemente su disolución, ya que quienes partían eran precisamente las líderes, que no lograron convencer a las demás de salir del clóset.

A iniciativa de cuatro mujeres, con Yan María Castro y Luz María Medina al frente, en 1978 nació el Grupo de Lesbianas Feministas Socialistas Oikabeth —siglas de “Movimiento de mujeres guerreras que abren camino y esparcen flores”, en maya—, inicialmente como parte del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR). Este grupo reivindicaba al lesbianismo como una actitud ante la vida y buscaba crearle una nueva imagen revolucionaria; procuraba evitar la relación de poder que se establece en la pareja tradicional; crear una cultura lésbica en coparticipación con las culturas de los demás grupos oprimidos y marginados; fortalecer el poder político lesbiano y solidarizarse con las mayorías oprimidas y los grupos marginados, ya que como parte de la clase trabajadora luchaba en contra de un enemigo común: el capital, que se manifiesta como poder burgués, poder masculino y poder heterosexual (Oikabeth, 1978). Como señalaban con su nombre, este grupo pretendía formar un grupo de guerreras, para lo que impusieron grados, ritos de iniciación y tareas diferenciales; en sus filas lograron aglutinar a varias decenas de lesbianas que participaban activamente tanto en su formación como en múltiples actividades de denuncia y protesta que contribuían a la sustentación de nuevas iniciativas, como la Marcha del Orgullo y la Semana Cultural, pero con reclamos e inconformidades.

Las crecientes discusiones en torno a la organización y las distintas perspectivas que fueron emergiendo aunado a la crisis económica de 1982, merizó sus filas, algunas emigraron y hubo que reorganizarse para mantener la voz contestaría. Esta condición generó una nueva ruptura, y las tres líderes se dividieron o tomaron distintos caminos: Yan María formó Lesbianas Socialistas, Luz María partió a Veracruz para formar Fortaleza de la Luna, de-

jando a Patria Jiménez como nueva líder de Oikabeth. Lesbianas Socialistas tuvo una vida efímera, que concluyó con un Seminario Marxista Leninista de Lesbianas Feministas que todavía hoy aparece ocasionalmente; Fortaleza de la Luna se convirtió en un proyecto de vivienda en comuna que persiste; y Oikabeth tuvo altas y bajas con un mayor foco en la actividad cultural hasta alrededor de 1986.

Estas primeras agrupaciones de lesbianas de final de la década de los setenta tuvieron orígenes marcados por la influencia de las ideas de los movimientos revolucionarios de izquierda, del feminismo, y por el conocimiento de las expresiones del movimiento lésbico gay en otros países como parte del proceso de globalización (Careaga, 2002a). No es gratuito que las agrupaciones más visibles y combativas llevaran en sus siglas (FHAR, 1978) o en sus principios (Oikabeth, 1978) los ejes de lucha que estos otros movimientos levantaban. A finales de los setenta tres grupos constituían el núcleo de trabajo del movimiento lésbico gay, el FHAR, identificado con el anarquismo y el socialismo, compuesto mayormente por hombres; Lambda, una organización mixta con fuertes vínculos con el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) de orientación troskista, y Oikabeth, más radical, de corte separatista, exclusivamente de lesbianas, que se autodefinía como socialista y feminista y levantaba fuertes cuestionamientos a las posiciones misóginas, al clasismo y al heterosexismo. Las lesbianas del grupo Lambda (1978) compartieron con los gays la organización del grupo, pero mantuvieron un vínculo muy estrecho con Oikabeth y promovieron los espacios exclusivos para mujeres en el interior de su organización, instituyendo así, los jueves de mujeres.

El FHAR, que como se dijo se formó en 1978, se presentaba como un grupo de homosexuales y lesbianas conscientes y orgullosos de su condición sexual, que decidían organizarse amparados en los derechos de reunión, asociación, libertad de expresión e información, de acuerdo con los principios de la Constitución. Se planteaban luchar contra la discriminación social, política, cultural y económica, acabar con los mitos y mentiras acerca de la homosexualidad y vincularse con las luchas de las mujeres y otros oprimidos (FHAR, s/f).

Lambda se presentaba como un grupo que buscaba acabar con los patrones de conducta de una sexualidad mitificada que reproduce todas las

injusticias que se ejercen en contra de la mujer, los homosexuales, los obreros, los ancianos y los niños, los minusválidos físicos y psíquicos, las diferentes razas y etnias, así como contra los reos que, en las sociedades opresivas, sufren de las más variadas formas de explotación que ejerce una minoría privilegiada (Lambda, s/f). Su foco se centró en la lucha contra la opresión y represión contra lesbianas y gays. La mayoría de sus militantes provenían o formaban parte de una militancia partidaria, principalmente del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT); al mismo tiempo, participaban en las actividades del movimiento feminista. A pesar de ser un grupo grande, se inició como un grupo “de clóset”, pero pronto alcanzó una gran estructura organizativa que involucró a todos en tareas específicas. No obstante, la división del trabajo se percibió como una forma de establecer jerarquías y empezó a crear inconformidades.

A pesar de las coincidencias, las tensiones entre el FHAR, Lambda y Oikabeth no se hicieron esperar; FHAR era un grupo muy radical para Lambda, que sostenía y defendía al lumpen; Oikabeth era un grupo separatista que no quería tener que ver con los hombres, pero se identificaba como socialista, mientras Lambda era percibido más como un grupo prototipo de la clase media, de lesbianas, gays y feministas, pero lograban conjuntarse en pro de la causa. FHAR y Oikabeth habían iniciado la presencia pública con su participación en la marcha de celebración del aniversario de la Revolución Cubana, en la que si bien se manifestaban contra el imperialismo y apoyaban los logros alcanzados, mantenían una postura crítica abierta ante la represión que en Cuba enfrentaban lesbianas y homosexuales y que hicieron patente a lo largo de los años como se puede ver en el manifiesto expuesto por las tres organizaciones en 1980 (Blasius y Phelan, 1997).

Las primeras manifestaciones públicas colectivas que realizaron de manera coordinada fueron en 1978, con motivo de la conmemoración de los diez años de la matanza de Tlatelolco y la celebración del aniversario de la Revolución Cubana, y que sirvieron de impulso para organizar en 1979 la primera Marcha del Orgullo (en contraposición del mandato a la vergüenza) y unirse así al movimiento internacional lésbico gay en favor de sus derechos, con la conmemoración de la revuelta de Stonewall, librada en Nueva York en 1969, y mostrarse públicamente en un fuerte desafío a la moral social imperante y en rechazo a su invisibilidad y estigmatización (Carea-

ga, 2002b). Con el lema “estamos en todas partes” buscaban precisamente el reconocimiento de su diversidad y de su contribución a la construcción de esta sociedad. Es más, en los primeros años de celebración del orgullo no sólo llegaron a alcanzar una participación masiva de personas lesbianas y gays, sino que incluso consiguieron que se les unieran en la marcha sindicatos, partidos políticos y el movimiento feminista, lo que deja ver el carácter político del movimiento en ese momento.

La motivación para iniciar su organización estuvo dada también por la necesidad de enfrentar las continuas razias que les impedía celebrar cualquier tipo de reunión, ya fuera en casas o en algún bar. Incluso, ante la simple apariencia o el hecho de estar dos personas del mismo sexo conversando en la vía pública era razón suficiente para ser objeto de las agresiones, vejaciones y extorsión que les imponía la policía. Además de la presión de la fuerza pública con sus detenciones, se enfrentaban a la posibilidad de perder su trabajo o ser expulsados del sistema educativo y al rechazo o la salida forzosa del hogar. La vigilancia pública irrumpía en la vida privada, y la manera de relacionarse, incluida la intimidad, eran condicionadas bajo la moralidad albergada por la Iglesia, el Estado y la familia (Fuentes, 2009).

Las organizaciones constituidas en esa década estaban formadas principalmente por personas voluntarias que organizaban grupos de reflexión y discusión en torno a la realidad social y a su propia condición, y que, como activistas, desarrollaban acciones en contra de las razias y de la violación a sus derechos, mediante manifestaciones y enfrentamientos con grupos y organizaciones conservadoras. Las reseñas de la época dejan ver la capacidad de convocatoria y de organización que tenían para hacer frente a las situaciones de discriminación y persecución de que eran objeto, así como para resolver las diferencias entre las personalidades y organizaciones y actuar sonora y eficazmente de manera conjunta ante las vejaciones o discriminaciones que enfrentaban.

Pero las tensiones no se dieron sólo en el interior del movimiento lésbico gay. En las resoluciones de la Conferencia Nacional Constitutiva del Frente Nacional por la Liberación y los Derechos de las Mujeres (FNALIDM), éste claramente se pronunció “por el derecho de las mujeres a controlar sus propios cuerpos y por el libre ejercicio de la sexualidad”. Sin embargo, la solicitud

de dos grupos mixtos de homosexuales (Lambda y FHAR) para ingresar al Frente provocó la amenaza de salida de algunas mujeres, como la Unión Nacional de Mujeres Mexicanas —existen diferentes versiones, parece que no fue sólo la inclusión de grupos mixtos, sino contenidos homofóbicos no explicitados claramente— (Jiménez e Hinojosa, 2000). Aunque la decisión de incluir homosexuales pudo haberle costado al Frente la no adhesión de algún otro grupo o sector, ésta no dejaba de ser importante en una sociedad mayormente homófoba, de la cual no quedaban excluidas ni muchas militantes de los propios partidos integrantes del Frente ni muchas feministas. Además de las contribuciones de los grupos organizados sobre la base de la orientación sexual, quienes mostraban una solidaridad activa con la causa de las mujeres, actitud que mantuvieron consecuentemente (González, 2001).

Durante la Segunda Conferencia Nacional del FNLIDM, en la discusión del inciso “Del Primer Periodo del Frente” se contempló una evaluación de lo que había significado la introducción del tema de la sexualidad. No se cuestionó el hecho de haberlo tratado, sino la forma en que se hizo: en muchos puntos relacionados con la sexualidad —incluyendo las demandas de las mujeres lesbianas—, no se llegó a un consenso real, sino a un consenso formal; esto se debió a que después de un largo y arduo debate, a la hora de hacer las votaciones, las organizaciones que objetaban —la Unión de Mujeres Mexicanas y los Comités Femeniles de la Tendencia Democrática— no se manifestaron.

La participación de las mujeres de los partidos dio un giro al trabajo y las discusiones en el interior del Frente y de la Coalición de Mujeres, llevando incluso a fuertes pugnas y escisiones. Sin embargo, sería difícil separar la influencia que por un lado tuvieron los partidos y por otro el movimiento feminista en la reflexión en torno a la sexualidad de los grupos de conciencia. La izquierda en ese momento apuntaba a debates que giraban principalmente hacia el cuestionamiento de los modelos de familia, de clase, de consumo: “buscábamos la ruptura con nuestros orígenes y demostrar nuestra independencia y autonomía, lo que nos llevó también a una mayor libertad en la sexualidad y al establecimiento de otras formas de relación —comuna—. Sin embargo fue esto mismo lo que generó los mayores nudos y rupturas” (Ávila, 2000).

Pero dada la confluencia de perspectivas, se realizaron distintas estrategias para conformar la alianza entre feministas y lesbianas. Nancy Cárdenas había convocado a un primer encuentro en su casa en Cuernavaca en 1978. Si bien no dio los frutos que pretendían, abrió discusiones en torno a la sexualidad, su estructura, sus mandatos y la división sexual del trabajo, que enriquecieron enormemente a las partes participantes. Un segundo encuentro posibilitó el conocimiento de las propuestas de cada grupo y la continuidad de la discusión. El tercer encuentro fue organizado por el Grupo Autónomo de Mujeres Universitarias (GAMU), muy vinculado al PRT, quienes discutían acerca de los modelos de pareja y de relación. Convocaron a una “encerrona” entre feministas y lesbianas en la casa de una de ellas. Ahí se estableció un vínculo más claro, profundizaron en las discusiones y algunas de las “gamuzas” empezaron a cuestionar su heterosexualidad.

Este vínculo fue tal vez “demasiado” estrecho, pero para nosotras fue muy benéfico porque de ahí surgió todo el cuestionamiento hacia la reproducción de los roles en las parejas de lesbianas. Hasta entonces, ninguna había manifestado su orientación sexual, todas asumíamos que las demás eran heterosexuales. El intercambio al principio generó confusión, pero nos llevó a una mayor apertura. Incluso, algunas compañeras buscaron experimentar con relaciones con lesbianas. Sin embargo, el grupo temía cargar con dos estigmas: el de la doble militancia y ahora a favor del respeto a la libre opción sexual (Jiménez, 2000).

Al parecer, el intercambio entre las mujeres lesbianas y el GAMU posibilitó que ambos movimientos se enriquecieran. Llevó a las feministas a cuestionarse sobre la orientación sexual y sobre su propia sexualidad, y llevó a algunas lesbianas a afirmarse como feministas (Espinosa, 2000), sin dejar de sentir cierta incomodidad al reconocer la posibilidad de haber sido utilizadas.

Para finales de los setenta y principios de los ochenta, los movimientos feminista y lésbico gay confluyen en la reivindicación de sus derechos y en la exigencia de reconocimiento y legitimidad a su existencia y a la satisfacción de sus necesidades. Confluencia que se refleja en una amplia participación de feministas y algunas militantes de partidos, en las marchas anuales del orgullo.

Pero el Distrito Federal no es todo, las organizaciones de lesbianas en los estados también han ido apareciendo. Según Yan María Castro, en 1980

surgió La Comuna, un proyecto comunitario rural de lesbianas morelenses que se desarrolló en Ocotepéc, Morelos, y que logró reunir a decenas de mujeres en sus actividades de fin de semana. La Comuna fue un proyecto de subsistencia en que todas sus integrantes participaban. A partir de la división del trabajo, garantizaron una contribución comprometida para el sostenimiento del proyecto.

A principios de los años ochenta, como parte de los objetivos de la lucha, se insertaron en la campaña política de Rosario Ibarra de Piedra a la presidencia de la República; participaron en el Frente Nacional Contra la Represión (FNCR), desde donde se impulsaron siete candidaturas de lesbianas y homosexuales en el PRT en Colima, Guadalajara y México, destacando la participación de Claudia Hinojosa y Patria Jiménez. Lambda y Oikabeth formaron el Comité de Lesbianas y Homosexuales en Apoyo a Rosario Ibarra (CLHARI), lo que generó una nueva polémica en el interior del movimiento. Para unos, las candidaturas potenciaban el trabajo que venían realizando; para otros, la cercanía con los partidos viciaba las relaciones de los grupos y al movimiento mismo. Al final no se logró ningún escaño, pero la evaluación fue positiva dada la cantidad de gente que se involucró en la campaña, la visibilidad y reconocimientos alcanzados y el apoyo público que brindó el Congreso del Partido Comunista Mexicano.

En la primera mitad de los años ochenta surgen también otras iniciativas lésbicas: Yelmal (1983), un grupo de lesbianas universitarias de Acatlán, muy crítico y feminista. Este grupo puso en jaque las concepciones de familia, de pareja e incluso al movimiento feminista en sus actitudes ante la juventud y su estructura misma de poder. Las Mulas (1984), “un grupo de lesbianas feministas con gran trabajo, que impulsaron el desarrollo de talleres sobre sexualidad y sobre cuerpo; centraban su discusión en el erotismo y el placer” (Jiménez, 2000), promovían la reflexión en torno a la lesbofobia internalizada, y en estas actividades incluyeron a las lesbianas de otros grupos. Su ocaso estuvo marcado por su participación en la organización del Primer Encuentro Lésbico-Feminista de América Latina y el Caribe. Un espacio importante para la discusión y la expresión cultural lo constituyó Cuarto Creciente, A.C. (1985), que desde su nombre, en asociación íntima con la Luna, se constituyó en un espacio de encuentro, exclusivo de mujeres y del que pronto se apoderaron las lesbianas, donde se impartían talleres y se

organizaban grupos de discusión. Fundado por Virginia Sánchez Navarro, quien con una postura esotérica, ecologista y espiritualista proveyó al movimiento de una nueva perspectiva. Pero su activismo no se quedó ahí, ella se involucró con la comunidad del barrio —ya que estaba en el centro de la Ciudad— y esto la llevó a recibir un ofrecimiento del Partido Mexicano del Trabajo (PMT) para postular su candidatura a una diputación, que finalmente no ganó. Como resultado de los sismos de 1985, el perfil de Cuarto Creciente se redefinió para contribuir a la lucha por la vivienda; algunos líderes populares se sumaron y se dio un interesante intercambio.

Otra organización que hay que destacar es Patlatonalli (nombre resultado de dos voces del nahuatl: *Patlachulla*, mujer que masturba a otra y *Tonalli*, energía), el grupo en activo de mayor antigüedad en el país. Es un grupo de mujeres lesbianas, fundado en 1986 en Guadalajara, Jalisco —una de las ciudades más tradicionales y conservadoras del país—. Este grupo se manifestaba comprometido con la defensa del derecho de todas las personas a una vida sexual, afectiva, erótica, libre de pobreza, discriminación, violencia, coerción e inequidad en las relaciones de género, así como con el respeto íntegro a sus demás derechos humanos, incluidos los derechos sexuales y los derechos reproductivos. Consideraban las *lesbianidades* políticas como punta de iceberg para hacer visibles otras demandas sociales. Es el grupo con mayor antigüedad en el país que se mantiene vigente y fue el organizador del Primer Encuentro Nacional de Lesbianas Feministas e integrante del Comité Organizador del Primer Encuentro Lésbico-Feminista de América Latina y el Caribe. En el desarrollo de su trabajo ha establecido relación con entidades académicas y feministas, y logrado colocarse como interlocutor legítimo ante las instituciones de gobierno para el logro de sus objetivos. Fue la primera organización lésbica que se afilió a la Asociación Internacional de Lesbianas y Gays —hoy además bisexuales, trans e intersex— (ILGA) e impulsó la celebración de su XIII Conferencia Mundial en Guadalajara en 1991, misma que no se logró instalar, a pesar del esfuerzo invertido, ante la intolerancia del gobierno de ese estado; no obstante, trajeron la Conferencia a México y finalmente lograron que se realizara en el puerto de Acapulco (<http://www.patlatonalli.org/>).

También en 1986, a iniciativa de Nancy Cárdenas, surge el Grupo de Madres Lesbianas (Grumale), donde las principales reflexiones se centra-

ban en torno a la relación con los hijos, mismos que eran producto de matrimonios heterosexuales previos. La nueva experiencia planteaba condiciones no pensadas anteriormente. Mediante el testimonio, se abordaban los conflictos y se buscaban soluciones. El grupo estaba conformado por una población de alrededor de 30 mujeres de distintas condiciones sociales, lo que muchas veces dificultaba la comprensión de la problemática. Este grupo prácticamente desapareció después del Encuentro Lésbico-Feminista de América Latina y el Caribe, ya que sólo una pareja buscó mantenerlo vivo con distintas actividades, pero sin mucho éxito. Es hasta 1996, después de un Encuentro de Madres Lesbianas, que se retoma el proyecto y hoy continúa con su trabajo de grupo de apoyo, pero incorporando cada vez más la vertiente política, que su misma presencia implica.

En esta misma década, la formalización masiva de los grupos en ONG, empezó a dar un viraje al movimiento. Aunque se trabajaban aspectos de sexualidad, los orientaban hacia la salud. Incluso aunque abrieran talleres para lesbianas (CIDHAL), las propias mujeres que los dirigían permanecían en el clóset. Para algunas, las discusiones sobre la sexualidad en los grupos de reflexión no resultaron ser un tema familiar, cercano. Incluso las exigencias doctrinarias que imponían llevaron a que el conflicto del “desclosetamiento” de algunas compañeras exigiera la confesión del lesbianismo. El intercambio con las lesbianas llevó a nuevos enfrentamientos sobre el espacio, la intimidad, el respeto, la tolerancia. “Estábamos inmersas en un cúmulo de mentiras, silencios y [...] se habían establecido nuevas formas de silencio” (Ávila, 2000). En general, existía temor de tocar la sexualidad por eso era enfocada desde la salud.

Sería necesario revisar lo qué pasó con la Coordinadora de Grupos Autónomos Feministas, ya que no me parece coincidencia la evidencia de su composición lésbica y feminista: en ella se aglutinaron (1982) GAMU, Lambda, CIDHAL, Oikabeth, Mujeres del Chopo, MNM, Lucha Feminista, Colectivo Feminista, La Revuelta, VenSeremos de Morelia, Colectivo Feminista de Colima, Mujeres de Culiacán, Cihuatl de Monterrey. Esta iniciativa, a pesar de haber celebrado cuatro encuentros, no tuvo mayores éxitos. A partir del segundo se forma la Red Nacional de Mujeres (1982) que es quien auspicia el tercero y el cuarto. Algunos grupos llegaron a este último con evaluaciones que intentaban aportar a la discusión los problemas que afectaban al

movimiento feminista. En ese sentido, algunas lesbianas cuestionaban la falta de espacio otorgado al tema del lesbianismo y a la ausencia de heterosexuales en sus actividades. El tema del lesbianismo, no abordado en su profundidad en el seno de los grupos feministas (algunos de los cuales tenían lesbianas entre sus integrantes), fue visualizado por muchas personas como una de las cuestiones que afectó al movimiento (González, 2001). Sin embargo, no se puede concluir que la presencia de las lesbianas haya sido el aspecto que incidió negativamente en el desarrollo del movimiento. Fueron las diferencias de clase, generacionales, de estado civil y la orientación sexual lo que constituyeron los tropiezos del feminismo (González, 2001).

La década de los años 80 cierra con perspectivas difíciles. La pobreza y escasez de espacios públicos de reunión las convertían en campo fértil para la extorsión, tanto por parte de los propietarios, quienes cobraban a sus clientes el servicio ilícito que les prestaban, como de la policía, que frecuentemente las asaltaba. Además, las condiciones económicas y la aparición de la pandemia del SIDA dieron un giro definitivo a las actividades y dirección del movimiento. Mucho del voluntariado tuvo que ingresar al trabajo asalariado y los grupos dedicados a la lucha contra el SIDA poco a poco se convirtieron en profesionales asalariados que dependían de los recursos que obtenían para la realización de su trabajo. Aun cuando se mantuvieron algunos grupos de reflexión, las posibilidades de coordinación colectiva se vieron disminuidas notoriamente. El movimiento pasa de la lucha de clases, del cuestionamiento de la estructura social, a una posición más difusa en la que la pluralidad, y la relevancia de lo privado cobran importancia. Surgen un sinnúmero de nuevos grupos orientados en mucho a la lucha contra el SIDA, pero el distanciamiento de éstos con la lucha lesbico gay y la crítica de activistas del movimiento a las estrategias de esta nueva vertiente, genera enfrentamientos entre los distintos liderazgos y muestra abiertamente las intolerancias internas. Los recursos internacionales para el combate al SIDA posicionan a sus grupos y dirigentes, modificando sustancialmente la visión del movimiento.

Así, las acciones centrales del movimiento a lo largo de la década se vieron reducidas, si bien habían llegado a una masiva manifestación con expresiones múltiples y cada vez fueron alcanzando mayor respeto de la población. Para mediados de los ochenta su aparición pública se reducía

al mes de junio, golpeados de nuevo, ahora por el estigma que les cargaba la enfermedad mortal, estigma que no sólo las condenaba con el dedo flammígero, sino que fomentaba que surgieran nuevos temores e incertidumbres entre los hombres gays y dejaba solas a las mujeres lesbianas (Careaga, 2002b). Es probablemente aquí donde se marca una profunda división que aún continúa: mientras en la década anterior, a pesar de las particularidades y diferencias, lesbianas y gays caminaron juntos en la construcción del movimiento, es el trabajo en la lucha contra el SIDA lo que aparta a unas y otros, para trabajar cada quien con sus iguales y, aparentemente, con objetivos muy distintos; las lesbianas, a pesar de la falta de apoyos económicos, dieron continuidad a sus proyectos y formaron nuevos grupos y espacios culturales.

Aun así, la Marcha del Orgullo se siguió celebrando puntualmente cada año. La aparición y rescate de la abundante literatura en esta época constituyó un aporte importante para la propia construcción. Así también, el surgimiento en 1985 de la Semana Cultural Lésbico Gay como un espacio propio y legítimo, constituyó una de las conquistas importantes de los espacios oficiales, en este caso la UNAM, como paso previo a la conquista de la ciudad. Si bien la fuerza y consistencia de los logros alcanzados impidieron que se revirtieran, fueron apareciendo cada vez más lugares comerciales de reunión, donde podían encontrarse sin temor a la persecución policiaca. Las posibilidades de ser descubiertos en la escuela, en la casa o la extorsión policial en los parques, en el trabajo, en las aceras, seguía siendo aún parte de la cotidianidad prevaleciente y tal vez exacerbada por la propaganda antigay que rodeó a la lucha contra el SIDA. Para finales de los ochenta, los espacios de reflexión eran prácticamente inexistentes, se reducían a reuniones caseras, entre amigas o amigos.

Después del Encuentro Feminista de Chapingo en 1989, en la Asamblea Feminista del Distrito Federal (10 de febrero de 1990) se aprobó el documento "Para qué una Coordinadora Feminista en el Distrito Federal" en el que se señalan tres principios que la guían: "la Coordinadora se constituye reconociendo tres principios feministas que con el paso de los años han mostrado su fuerza en coincidencias que permiten unirnos: la maternidad libre y voluntaria, contra la violencia hacia las mujeres, y por la libre opción sexual", principios que muchas mujeres tradujeron en ejes de lucha.

Con la influencia de los logros alcanzados en las Conferencias Internacionales de Naciones Unidas sobre la mujer, iniciamos la última década de ese siglo con el pleno reconocimiento de la orientación sexual como una bandera del movimiento feminista. Sin embargo, el proceso de especialización del trabajo a que cada organización se dedicaba llevó a contar con una bandera de lucha sin mucho contenido. La sexualidad como tal quedó de nuevo a cargo de los grupos de lesbianas. No es extraño que hasta hace poco ningún grupo heterosexual asumiera a la sexualidad como el objeto central de su trabajo. Aun así la sexualidad fue abriéndose paso. Los logros alcanzados a nivel internacional en el debate sobre la sexualidad de las mujeres y el claro reconocimiento de la necesidad de separar los derechos sexuales y reproductivos nos colocó ante una nueva etapa. Terminamos el siglo con iniciativas múltiples para la definición de estrategias para su impulso.

Al inicio de los años noventa, en 1991, surge una nueva campaña política, en la que el movimiento feminista convoca a una acción articulada entre mujeres de diferentes sectores —entre ellas una lesbiana, Patria Jiménez—, que se identifican con los derechos de las mujeres, y presentan diez candidaturas con una plataforma común a la que se unen poco a poco otras mujeres. Éste constituye un hecho importante para el movimiento lésbico en cuanto que lleva al cuestionamiento de la carencia de espacios abiertos de reflexión en la Ciudad de México y promueve la creación de un nuevo grupo de lesbianas, El Clóset de Sor Juana, en 1992.

El Clóset de Sor Juana es resultado del grupo de lesbianas que se reúnen alrededor de la campaña política de Patria, durante la cual le plantean un conjunto de necesidades. Terminada la campaña, y no habiendo conseguido el escaño, se juntan para identificar alternativas a fin de enfrentar las condiciones cotidianas. Una demanda parece ser central: la necesidad de un espacio abierto, público, donde las lesbianas puedan acudir libremente a encontrarse con otras lesbianas, participar en grupos de reflexión, desarrollar actividades culturales y diseñar estrategias políticas. Se inició en un restaurante que facilitaba su espacio un día por semana. Un año después, con la contribución de sus integrantes, se decide abrir un espacio propio, se renta una casa e inicia sus actividades con el espacio abierto todos los días. El Clóset de Sor Juana ofrece un espacio seguro para reuniones y establecimiento de redes, proporcionando ayuda, información y otros servicios, tales

como material de lectura, video y materiales de investigación para estudiantes y profesionales interesados en entender la temática de la diversidad sexual. Además de sus objetivos de promoción y defensa de los derechos de las mujeres lesbianas, promueve la organización de las mismas; desde El Clóset han surgido y se ha apoyado a organizaciones como Nueva Generación de Jóvenes Lesbianas, Tasexma, Mujeres Mayores de Treinta, LesbianBanda y la Cafetería Las Virreyinas. El Clóset de Sor Juana ha desarrollado también una intensa actividad internacional, ha ocupado el Secretariado de la Mujer de ILGA⁵ en dos ocasiones, ha organizado la reunión del Consejo Mundial de ILGA en dos ocasiones, sus integrantes forman parte del Consejo Internacional de IGLHRC⁶ y de los OUTGames, y una de sus fundadoras es hoy la secretaria general de ILGA. El Clóset de Sor Juana ha participado en varias sesiones y conferencias internacionales de las Naciones Unidas; la participación de Patria Jiménez como la primera lesbiana que toma la voz como tal en una sesión de la CEDAW y la participación en la iniciativa de IGLHRC para tener una carpa de lesbianas en el Foro de Huairou durante la IV Conferencia Mundial de la Mujeres, son de las más importantes.

En 1994, surge el grupo Himen que pronto transita al desarrollo de un proyecto editorial, La Prensa Editorial *LeSVOZ*, como una organización de mujeres lesbianas que defienden sus derechos humanos como mujeres y como lesbianas. Su trabajo no consiste sólo en la producción de la revista, ellas se identifican como activistas por el cambio social progresista desde la perspectiva feminista, en cuanto lesbo-feminista, y para combatir todas las opresiones impuestas por el patriarcado. Himen busca crear y promover, desde los derechos humanos, una cultura feminista para las mujeres de todas las orientaciones sexuales, mediante actividades de empoderamiento y medios alternativos de comunicación, para combatir la lesbofobia y misoginia existente en la sociedad mexicana, para lo cual produce y difunde la revista de Cultura Lésbica Feminista *LeSVOZ*; apoya la creación de otros medios de comunicación impresos, audiovisuales y multimedia, con carácter abierto y especializado hacia el movimiento amplio de mujeres feministas y lesbianas; organizar actividades de información y documentación, con-

⁵ Asociación Internacional de Gays y Lesbianas.

⁶ International Gay and Lesbian Human Rights Commission.

vivencias culturales, conferencias y capacitación; incentiva la creación de nuevos grupos de mujeres, feministas y lesbianas; y realiza trabajo conjunto con otras organizaciones que laboren contra todo tipo de discriminación. *LeSVOZ* ha jugado también un papel central en la organización anual de la Marcha Lésbica.

Musas de Metal se fundó en mayo de 1995 para coadyuvar a la construcción de las identidades sexuales diversas de mujeres y hombres con la finalidad de promover la autoaceptación, en un ambiente de respeto, integración y reconocimiento del derecho a la diferencia y apuntando al desarrollo de sujetos sociales y políticos. Se identifica como un grupo de mujeres gay que busca colocarse como una organización con mayor visibilidad e incidencia en el ámbito de la diversidad sexual, a través de la difusión, educación, investigación y la creación artística. Tito Vasconcelos las invita a participar en su programa de Radio “Media Noche en Babilonia” con la sección “De mujer a mujer: Pregúntale a Pantaleona Libais”, dedicada a las mujeres que aman a otras mujeres, que se transmitió durante dos años y medio por Radio Educación (<http://musasdemetalgay.blogspot.com>).

Nueva Generación de Jóvenes Lesbianas es un grupo de lesbianas de entre 18 y 25 años. Surge en 1996 ante la necesidad de tener un espacio de reflexión e información para jóvenes lesbianas y evitar la discriminación. Afirman que como jóvenes tienen el derecho a la información y a encontrar un espacio agradable en donde compartir lo que experimentan. Se reúnen cada quince días para desarrollar talleres y grupos de reflexión sobre su condición. Recientemente se ha constituido como Asociación Civil con el nombre de Fundación Género Diverso, conformada por profesionistas, activistas y mujeres comprometidas con la defensa de los derechos humanos de las mujeres, de la diversidad sexual y la comunidad lésbica (<http://www.saldelcloset.com/eventos/ngjl.shtml>).

En agosto de 1999 se conforma Mujeres Mayores de 30, un grupo de amigas adultas, maduras, deseosas de entrar en contacto y establecer puentes de información con quienes le hagan referencia a sus propias necesidades. Deciden reunirse de manera cotidiana para reflexionar y organizar actividades colectivas. Este grupo busca, de manera autodidacta, que se tome conciencia de la estigmatización de que ha sido objeto, no sólo por tratarse de mujeres, ni tampoco únicamente por ser lesbianas, sino, además, por

cuestiones de edad. Se reúnen cada dos semanas, con lo cual promueven el fortalecimiento de la identidad individual y como colectivo. Por este medio se favorece el proceso de salida del clóset de numerosas mujeres mayores, se fortalecen los lazos de amistad y de solidaridad y al mismo tiempo se llevan a cabo acciones para lograr la igualdad en la sociedad. Consideran que es importante contar con una comunidad de personas con situaciones afines, experiencias y dudas similares, pero sobre todo dejar claro que el envejecimiento no es sinónimo de decadencia, sino de plenitud (<http://anodis.com/nota/7762.asp>).

La década de los noventa ofreció también nuevas perspectivas al movimiento. La comprensión de la complejidad de fenómenos como el SIDA y los avances en el análisis de la sexualidad dieron cabida a nuevas discusiones y reflexiones en torno a la pluralidad. Esto hizo que se reformulara el trabajo en el combate al SIDA y se ampliara su perspectiva ofreciendo servicios a otros sectores de la población; asimismo surgieron nuevos grupos y articulaciones, en los que la presencia de los grupos transgénero y bisexuales cumplieron un papel muy importante. Es en esta década cuando se constituye el mayor número de agrupaciones, casi una veintena, a favor de la lucha del movimiento LGBT, que desde diferentes miradas y ejes de lucha emprenden una nueva tarea: favorecer la expresión y la reflexión, y la conquista de sus derechos.

Durante los años noventa la visibilidad y el reconocimiento social de la diversidad sexual, especialmente hacia lo gay y la lesbiandad, es evidente. Día a día se conquistan espacios, incluso la propia familia, lugar sacralizado contra la diferencia, llega a tomar parte en la lucha contra la discriminación, o por lo menos empieza a buscar salidas para el mejor desarrollo de jóvenes con inquietudes respecto de su sexualidad. La lucha de los años noventa parte de esta premisa para luchar por el reconocimiento y la protección legal; rompe con la clandestinidad para buscar la institucionalización de la condición LGBT, lo que da lugar a nuevos debates y posiciones. Algunas posturas retoman la bandera revolucionaria para cuestionar el matrimonio y la familia tradicional y en defensa de las demandas de clase; en otras, la conquista de derechos no parte del cuestionamiento al orden establecido, sino de dar pasos para alcanzar la equiparación con el mundo heterosexual.

La distancia con el movimiento feminista es evidente. En el interior del movimiento LGBT pareciera que la confianza para la representación está

rota, y la definición de prioridades ante la amplia gama de intereses y necesidades dificulta las posibilidades de acciones concertadas y de construcción de consensos. Esta gran variedad no representaría el problema central si no fuera porque sus definiciones y posicionamientos no estuvieran determinados por la lucha de poder. La conquista en 1997 de un escaño en la Cámara de Diputados por Patria Jiménez, una de las líderes históricas, si bien llevó a la despenalización total de la condición homosexual al eliminar su última mención como agravante en el delito de perversión de menores del Código Penal, no logró constituirse en un parteaguas que empoderara de nuevo al movimiento; por el contrario, aportó un elemento más para la disputa y la descalificación entre sus integrantes. El uso político electoral de posiciones seudoprogresistas fue evidente. La reedición de posturas misóginas —con sus excepciones— y la carencia de orientación política en el movimiento, que se sumaba a posiciones no transparentes con el único objeto de obtener ganancias inmediatas, llevaron a que se admitieran partidos sin una actitud definida a favor de la pluralidad y la democracia.

Afortunadamente, el final de la década estuvo marcado por el entusiasmo de la gente, que más allá de las disputas por y entre los liderazgos conquistó el corazón de la capital. Venciendo resistencias y temores, la propuesta de Patria Jiménez llevó en 1999 a la Marcha del Orgullo hasta el Zócalo para dar cuenta de la fuerza del movimiento y de su presencia masiva en todos los espacios. Ese año, la marcha ese año, sorprendió a propios y extraños y, aunque puede considerarse más aparejada con la visión global del movimiento internacional, dio muestra de una expresión mucho más amplia, de sus múltiples formas y ejes de organización. Se estrechó el vínculo con las expresiones artísticas, identificándolas también como una herramienta política; más allá de las querellas y cuestionamientos entre las personalidades, estas expresiones han perdido presencia y han levantado fuertes cuestionamientos a sus nuevas direcciones.

La fuerza mostrada en esta marcha abrió la puerta para la negociación con la máxima autoridad del nuevo gobierno de la Ciudad de México, quien ante la denuncia de una nueva raziá, ordenó el respeto de las expresiones de la diversidad sexual, condición que en general prevalece hasta el día de hoy, rompiendo con la clandestinidad de los espacios de recreación LGBT y promoviendo su legalidad. Se abrió así la posibilidad de una interlocución

directa tanto con el Jefe de Gobierno —para la apertura de servicios especializados para las personas LGBT—, como en el interior de la recién creada Asamblea Legislativa.

Es en esta época cuando el movimiento LGBT, en franca expresión de su diversidad, instauro una peregrinación anual a la Basílica de Guadalupe —bajo la conducción del reverendo Jorge Sosa Morato de la Iglesia de la Comunidad Metropolitana y con el apoyo de Patria Jiménez—, en la que los grupos creyentes del movimiento reclaman su derecho a ser reconocidos y respetados por la Iglesia católica. Fue también al final de la década cuando por fin se logra que las instituciones sociales reconozcan al movimiento LGBT como interlocutor legítimo y cada día se abren más espacios en las instituciones académicas y de investigación para dar lugar a la reflexión y discusión en torno a la diversidad sexual.

Aun así, o tal vez por eso mismo, al verse colocados en otra condición, como interlocutores legítimos, con nuevas aspiraciones y posibilidades políticas, el nuevo siglo se inaugura con fuertes debates y la incapacidad para declinar los intereses particulares por la causa. La exigencia de las incondicionalidades y la estigmatización de figuras, dejan ver las intolerancias no resueltas y los intereses involucrados en el interior del movimiento. Probablemente, ante la incapacidad de declinar el interés por la imposición de una hegemonía y la amplia expresión que el movimiento había logrado en las más recientes marchas del orgullo, las intenciones por aplastar algunos liderazgos y nuevos intereses vinculados con los apoyos económicos de los negocios y del gobierno, han llevado a fracturar los espacios de expresión. No solamente a violentar y combatir la expresión política del movimiento en la Marcha, sino también a echar abajo los quince años de trabajo con la búsqueda de la cancelación de la Semana Cultural.

En esta última década, el trabajo de El Clóset de Sor Juana y GIRE, como dos de los grupos más visibles que trabajan alrededor de la sexualidad, fomentaron además, la formación de iniciativas jóvenes como Nueva Generación y la Red de Jóvenes a favor de los Derechos Sexuales y Reproductivos. Así también se crearon nuevas iniciativas como Demysex —Democracia y Sexualidad, una red que aglutina grupos de la mayoría de los estados del país— y la apertura de asociaciones de profesionales que trabajan en torno a la sexualidad y que han ampliado su perspectiva; se crearon también los

espacios académicos del PUEG y El Colegio de México, en los que abiertamente se han instalado áreas de estudio y seminarios de investigación sobre la sexualidad, que ofrecen una nueva mirada al trabajo en este campo.

No quiero dejar de reconocer el lugar que en esta época tuvieron los medios radiofónicos y televisivos para mantener el tema en el debate; entre éstos se encuentra el Canal 11, Radio Educación y el IMER —aunque no han sido los únicos, pero las iniciativas han sido resultado del trabajo individual de algunas compañeras, más que de las radiodifusoras mismas—; las aportaciones de las revistas *Debate Feminista*, *LeSVoz* y las de *Amantes de la Luna* y de *El Hábito*, también como un espacio nuestro.

Pero las iniciativas no han parado, en este nuevo siglo aparecen nuevos grupos. Producciones y Milagros, que opera desde inicios de la década de 1990, pero se formaliza en 2005, es un colectivo de mujeres de distintas profesiones e intereses. Trabajan en la promoción y defensa de los Derechos Humanos de las mujeres, en especial de las lesbianas, principalmente a través del video, la fotografía, el performance, las instalaciones y el diseño. Ellas conciben lo lúdico y el arte como bases fundamentales para el trabajo de defensa de los derechos de las mujeres y de la lucha lésbica y feminista. Así han elaborado un archivo visual histórico que recoge de manera gráfica los momentos más importantes de la lucha feminista y lésbica.

El Grupo Lésbico Universitario (GLU) surge en 2004 como una necesidad de reconocerse como mujeres lesbianas, de reivindicar su identidad desde una perspectiva universitaria integral, según ellas mismas. Señalan que no sólo las une el género ni la orientación sexual, sino también el deseo de construir una sociedad mejor, donde puedan desarrollarse plenamente sin los obstáculos que implican la discriminación y la lesbofobia; se plantean el deseo de luchar por ello hoy y siempre que sea necesario y la determinación de combatir la ignorancia, raíz del rechazo. Buscan además contribuir con la formación de una Red Universitaria y desde ahí involucrarse con las iniciativas internacionales similares. Las integrantes del GLU fueron activas participantes del proceso de construcción de la propuesta del matrimonio entre personas del mismo sexo para la Ciudad de México (<http://glunam.blogspot.com>).

Por supuesto, se escucha cada vez más el surgimiento de agrupaciones lésbicas en los estados, así como el incremento de su presencia y participa-

ción en las marchas del orgullo, en distintas ciudades del país, como Zacatecas, Monterrey, Guadalajara, Cuernavaca y Aguascalientes, por mencionar algunas de las más visibles. Al mismo tiempo podemos ver que a través de este recorrido se han desarrollado otras agrupaciones en las que si bien en su objetivo inicial o central no se plantean la lucha por los derechos de lesbianas, sus líneas de trabajo los incluyen; muchas de éstas también están dirigidas por lesbianas. Así, aunque parecieran no constituirse como grupos de lesbianas, han destacado también por su trabajo en este ámbito. Es el caso del CIDHAL, de Cuernavaca, que incluso constituyó la sede del archivo histórico Nancy Cárdenas, o Genero, Ética y Salud Sexual de Monterrey; su dirigencia ocupa hoy la representación alternalésbica de México para ILGA y ha contribuido al impulso de la presencia activa de la Iglesia de la Comunidad Metropolitana, con varios encuentros binacionales. Este grupo vincula a varias de las organizacioneslésbicas de los estados; Balance Promoción para el Desarrollo y Juventud, con un intenso trabajo en la promoción y educación sexual, promueve la articulación entre movimientos sociales con la incorporación permanente de lesbianas, su directora es hoy la representantelésbica de México en ILGA. De creación más reciente, Acciona, fundado en 2008, que coordinó la Marcha del Orgullo en su versión xxx y el trabajo de impulso del matrimonio entre personas del mismo sexo para la Ciudad de México.

Cabe mencionar la fluida comunicación e información que se da en el ciberespacio. Cada día las listas de contacto van apareciendo, dando respuesta al aislamiento al que las lesbianas estaban antes confinadas, para abrirles una pléyade de oportunidades de intercambio e información. Muy difícil sería intentar clasificar estas redes. Menciono solamente a Lesbianas mexicanas, que modero y que se encarga de distribuir información sobre las actividades del movimiento, sobre artículos y sobre acontecimientos de interés, así como de establecer vínculos con el movimiento feminista. Sin embargo, quiero destacar a Mujeres Azules como una lista electrónica peculiar. En efecto, inició como una lista de contacto, que hoy reúne a más de 700 mujeres lesbianas. A diferencia de la mayoría de este tipo de iniciativas, las Mujeres Azules han decidido salir del espacio cibernético y ocasionalmente reunirse o participar en convocatorias del movimiento LGBT, como la Marchalésbica.

No obstante, como agrupación no aparecen públicamente, ya que está claro que no hay representatividad, al carecer de estructura organizativa.

Sin embargo, aunque podríamos esperar una fuerte alianza entre los grupos lésbicos, como en el interior de la alianza lésbico gay, la situación prevaleciente exige un detallado análisis que permita ver las particularidades participantes, pues hoy la lucha lésbica está penetrada por distintos factores. Si bien es evidente el interés y el compromiso que distintas personas y grupos apuestan para la continuidad de la lucha, las condiciones actuales de mayor protagonismo político, de gran escasez de recursos, de articulación o no con otras manifestaciones políticas (como el mismo movimiento LGBT, el movimiento feminista y los partidos políticos) las distintas perspectivas para orientar el trabajo, como feminista, como autónoma, local, nacional o internacional, enfrentan desafíos por demás complejos. Además, esto se da con pocos espacios para la reflexión conjunta y mucho trabajo coyuntural.

Pero, como anteriormente he señalado, la batalla de las lesbianas no se ha dado solo en el interior del movimiento LGBT, donde pareciera que sus conquistas de claras posiciones de liderazgo les ha generado una situación por demás difícil. La percepción reiterada de la falta de compromiso del movimiento feminista con la causa lésbica, para hermanar las luchas, incluso la nueva vertiente de algunos grupos feministas para el trabajo con algunas lesbianas, ha despertado nuevas interrogantes y desconfianzas, concretando su apoyo solo a la adhesión a algunos de los más importantes logros.

Así, el nuevo siglo se inauguró con nuevas perspectivas. Los nuevos grupos parecen confrontar un movimiento fuertemente visible con un mayor número de organizaciones de distinta índole, aunque más pequeñas, con frágil sustentabilidad y poco orientadas al trabajo de base. También existen francas posibilidades de ocupar escaños y puestos políticos, así como una clara interlocución con las autoridades de la ciudad. Al mismo tiempo, se enfrenta una derechización de la política nacional, con acciones de gobierno contradictorias y un paulatino fortalecimiento de la expresión pública LGBT en los estados. Las reformas legales en la Ciudad de México no se hicieron esperar. Una legisladora públicamente lesbiana ha impulsado la figura de las Sociedades de Convivencia; más adelante se ha reconocido el derecho a la propia identidad, posibilitando el registro civil de las personas transgé-

nero. Pero, a pesar de los liderazgos y el trabajo consistente de las lesbianas, no han logrado romper los estigmas, aunque algunas veces parecen velados: la misoginia en el interior del movimiento LGBT y la homofobia en el interior del movimiento feminista.

Gracias a los logros en la Ciudad de México, hoy el país se anuncia al mundo como el primero de la región latinoamericana que conquista el matrimonio para las parejas del mismo sexo, con derecho a adopción. Podría decirse que en todas las iniciativas desarrolladas por el movimiento LGBT las lesbianas han jugado un papel protagónico, sobre todo en las dos últimas décadas, papel que poco a poco empieza a tener un amplio reconocimiento no sólo para el avance del movimiento sino también para la conquista de derechos y el mantenimiento de los vínculos internacionales. El posicionamiento que unos y otras han alcanzado tiene claras definiciones: mientras las lesbianas han alcanzado puestos de representación a través de elecciones, los gays han ocupado puestos de poder a partir de nombramientos de autoridades. Hoy todavía prevalece esta tendencia, incluso a veces se siente como un rencor de parte de algunos gays, con un cuestionamiento fuerte a cada acción y al trabajo lésbico ante la conquista de los resultados, que hasta hoy han demostrado no sólo la consistencia sino también la disciplina, la visión y la habilidad estratégica. No obstante, nuevas generaciones de gays se involucran cada vez más en el trabajo conjunto, dando lugar a nuevas formas de trabajo colectivo.

A pesar de que los espacios públicos de la década anterior se han limitado en las televisoras oficiales y en algunas radiodifusoras que eran sede importante para la discusión y el debate sobre la condición LGBT, hoy las transmisiones por Internet constituyen alternativas de difusión. Afortunadamente, y tal vez por eso mismo, otras manifestaciones culturales han estado siempre presentes. La actividad política no podría llevarse a cabo, como señalé anteriormente, sin la contribución de una vertiente cultural. Las marchas, las protestas y la Semana Cultural han estado acompañadas por la presencia de muchas artistas, de las que mencionaré algunas que radican en la Ciudad de México: se ha enriquecido con las múltiples representaciones plásticas y los diseños de Beatriz González; la fotografía e instalaciones de Rotmi Enciso y los videos de Guadalupe Olvera y Alejandra Novoa han sido importantes contribuciones. La puerta que abrió Nancy

Cárdenas con su producción teatral ha continuado con la presencia de escritoras como Rosa María Roffiel, Reyna Barrera, Elena Madrigal, Odette Alonso y María Elena Olivera. En los espacios artísticos se han incorporado figuras como Leticia Armijo, Jesusa Rodríguez, Liliana Felipe, Chavela Vargas, Ana Francis Mor, Gabriela Serralde, Ana Contreras y René Prudencio, no solo en lo individual sino también en grupos como Surco y Las Reinas Chulas, todas ellas no sólo han manifestado públicamente su lesbianidad sino que, desde su condición sexual, se han comprometido con la lucha por la transformación social.

LAS ARTICULACIONES REGIONALES

Las lesbianas y los gruposlésbicos han estado presentes en los encuentros feministas latinoamericanos, y ahora también del Caribe, desde su origen en 1981. La discusión en torno a la heterosexualidad en esos espacios cobró vigencia más rápido gracias a las discusiones que en otros países se estaban desarrollando, así como a los reclamos de las lesbianas para que se incorporara la discusión en la agenda de los encuentros. Sin embargo, a pesar de que la presencia y discusión siempre han estado presentes, no se ha dado un proceso de mayor profundización y compromiso. La agenda de los encuentros en muchas ocasiones responde a la urgencia de los problemas de la región, así como a la urgencia de posicionamiento respecto de la agenda internacional, en la que la discusión sobre el heterosexismo o la condición de las lesbianas difícilmente ocupa un lugar privilegiado en la región. Aun así, considero que es en estos espacios donde se identifica más claramente a las feministas aliadas, quienes casi permanentemente participan en las discusiones o levantan el tema en sus presentaciones. Notoriamente, en el recién celebrado XI Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, en la Ciudad de México, la presentación pública de las lesbianas abarrotó el escenario. Muchas mujeres que tradicionalmente venían trabajando en organizaciones feministas sin involucrarse en la lucha por los derechos de las lesbianas dieron el paso y se unieron.

En distintos momentos he mencionado el I Encuentro Lésbico Feminista Latinoamericano y no quiero concluir sin hacer una mención más detallada

del mismo. Este primer encuentro se organizó gracias a la idea de una organización holandesa que estaba interesada en apoyar la construcción de una Red de Lesbianas, para lo que ofrecieron financiamiento. Lo cual coincidió con la organización del IV Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe en 1987, ahí se estableció la posibilidad de hacer el I Encuentro Lésbico Feminista de la región. Distintos factores intervinieron para que la organización y la realización del Encuentro se convirtiera en una pesadilla para el movimiento lésbico mexicano. A finales de la década de 1980, se recordará, pocos grupos de lesbianas sobrevivían. Aparentemente, Mulas, Cuarto Creciente y el Seminario Marxista eran los únicos; Patlatonalli acababa de surgir en Guadalajara y los distintos proyectos y perspectivas que sustentaban eran evidentes. La desarticulación de los grupos anteriores había sido producto de las diferencias entre las líderes o con las líderes; el movimiento nunca antes había administrado recursos financieros de cooperación internacional. Además, la organización de un encuentro regional exigía la formación de un comité amplio que garantizara la realización del mismo y una participación regional representativa.

Estas condiciones no sólo dificultaron de manera importante el desarrollo de la organización del encuentro, sino que profundizaron las heridas y las divisiones entre las lesbianas. Se evidenciaron los estilos de trabajo y los mecanismos para el ejercicio de poder. Mogrovejo (2000) hace un detallado recuento del proceso a través de las entrevistas a muchas de las actrices principales. Sin embargo, su publicación levantó la ira de varias de ellas. La polarización y los criterios excluyentes marcaron el proceso. El I Encuentro inició con una gran desorganización; después de echar a la mayoría de las compañeras, no había quien asumiera las tareas de la comisiones. Se trató de involucrar a todas las participantes, pero las visitantes no se sentían obligadas a asumir la organización. No existía un programa claro y se fue improvisando. Es decir, la organización no se cumplió, ya que las energías se centraron en la disputa. Incluso, la instalación de la Red, que era uno de los objetivos del Encuentro, sorprendió a las mexicanas, ya que no habían tenido tiempo siquiera para conocer la propuesta y enriquecer su formación. Al estar sostenida la iniciativa por una organización extranjera que la financiaba, levantó otros muchos pruritos, típicos de la realidad mexicana, contra una supuesta intervención o

imposición. Al final, el Encuentro, en lugar de fortalecer al movimiento lo dividió aún más, sembró la desconfianza entre las participantes e impidió que la región lograra una articulación.

Los encuentros lésbico feministas de la región se siguen realizando, con cierta regularidad y aún con muchas disputas. Pero, resultado del proceso de cambio de visión política, o sustentadas en las eternas discusiones ideológicas, la participación de las organizaciones mexicanas es muy limitada. Como señalé, hoy subsiste un importante número de organizaciones, pero pareciera que la lucha y sus demandas aún están muy centradas en la identidad y sus repercusiones, en la lucha por los derechos fundamentales. No hay una clara agenda política que deje ver el proceso de ciudadanización que se ha construido. Tal vez el desgaste en la articulación, en el movimiento LGBT y en el movimiento feminista, así como la organización del Encuentro ha centrado y ocupado sus energías más en las disputas que en la definición de un plan estratégico. Aún así, se sigue avanzando.

A lo largo de esta reseña he señalado la mayor parte de los aspectos políticos que dieron lugar al surgimiento de distintos grupos e iniciativas. No obstante, es necesario destacar que los procesos, particularmente en este tipo de movimientos, están marcados no solo por las posiciones políticas e ideológicas sino por las formas de manejo del poder. Los espacios de los grupos, si bien constituyen un lugar importante para la reflexión y el desarrollo de habilidades políticas y estratégicas para enfrentar la discriminación, son también espacios en donde se conforman redes sociales e incluso donde se establecen relaciones afectivas y sexuales. Incluso, este último vínculo puede constituirse en un atractivo importante para las que inician, al mismo tiempo que es una amenaza importante para el trabajo político, ya que al establecimiento de la relación amorosa necesariamente tienden a buscar espacios propios de convivencia y a “desaparecer” del grupo, por lo menos durante un buen lapso (Careaga, 2004). Además, por supuesto que ponen en riesgo la estabilidad no solo del trabajo político sino de la continuidad y la sobrevivencia misma del grupo, cuando son las líderes las involucradas y enfrentan diferencias o rupturas y no logran separar los objetivos y sus rutas. En varias de las rupturas de estos grupos descritos es evidente que la relación amorosa personal entre las líderes, o algunas de ellas, tuvo un impacto decisivo en las disputas y en la disolución de los proyectos.

CONCLUSIONES

Las organizaciones lésbicas han tenido una presencia y una fluidez constante a lo largo de la lucha LGBT de nuestro país. Las lesbianas, a pesar de las carestías, se han constituido en una vertiente central de la lucha que desde los años setenta se ha librado. Han desafiado la lesbofobia y la misoginia imperantes en nuestra sociedad para dar la cara e impulsar una fuerza que abra las posibilidades para la defensa y la protección de sus derechos. La condición lésbica, como parte del movimiento feminista, ha destacado la condición de la mujer y desde ahí ha impulsado reflexiones acerca de la vida íntima, el cuestionamiento a la familia, a las relaciones de pareja y a toda la estructura social. La continuidad del trabajo lésbico no sólo ha garantizado una constante presencia pública en distintos espacios sino que ha buscado el mantenimiento de una visión crítica ante las instituciones y en el interior de los movimientos sociales mismos.

El movimiento lésbico, como la mayor parte del movimiento LGBT en México, es un movimiento centrado aún en la identidad. A pesar de las conquistas sociales y políticas, no se ha logrado avanzar en la construcción de una agenda que posibilite una defensa más clara de los derechos que le son violentados. Las disputas políticas ideológicas en el interior del movimiento LGBT con el movimiento feminista e incluso en el interior de la propia lucha entre los grupos de lesbianas, ha sido objeto de fuertes tensiones y de un gran desgaste. No obstante haber alcanzado logros importantes, la lucha por combatir los estigmas y la discriminación que como mujeres y como lesbianas enfrentan es todavía larga. A pesar de los avances, de las articulaciones y de la férrea lucha librada, la reedición que parece hoy ponerse en boga de estas formas de descrédito y sometimiento aún tiene vigencia y exige una reorganización estratégica que posibilite la construcción de una fuerza colectiva que lleve a una confrontación más clara con los obstáculos que no se ha logrado vencer. Pero este desafío no es fácil ni será posible sin la construcción de espacios para la reflexión conjunta fuera de la reproducción de las formas de hacer política lastradas por el protagonismo y la búsqueda de beneficios personales que, desafortunadamente, aún caracterizan el trabajo político en nuestro país, al formar parte de nuestra estructura. Los avances con quienes es posible construir consensos son evidentes, más allá de buscar

enderezar la ruta de quienes han trazado otras o de debatir con quienes no tienen interés en el trabajo con lesbianas. Una ruta y una agenda propias con alianzas consistentes podrían alentar nuevos bríos y esperanzas.

La necesaria articulación para construir una fuerza política importante exige, además del intercambio de experiencias con organizaciones similares de otros países, como se ha dado en los mejores momentos del movimiento lésbico, la construcción de alianzas no sólo con las organizaciones semejantes de otras latitudes sino mediante una reflexión profunda con otros movimientos sociales que hoy podrían constituirse en fuertes aliados.

BIBLIOGRAFÍA

- Acevedo, Marta, et al. (1977), "Piezas de un rompecabezas", en *Fem*, vol. II, núm. 5, México.
- Adam, B., J. Duyvendak, y A. Krouwel (1999), *The Global Emergence of Gay and Lesbian Politics: National Imprints of a Worldwide Movement*, Universidad de Temple, Filadelfia.
- Blasius, Mark, y Shane Phelan (1997), *We Are Everywhere: a Historical Sourcebook of Gay and Lesbian Politics*, Routledge, Londres/Nueva York.
- Cano, Gabriela, Mary Kay Vaughan, y Jocelyn Olcott (2009), *Género, poder y política en el México revolucionario*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Careaga, Gloria (2002a), "La lucha por el placer. Crónica de un movimiento que continúa", en Gutiérrez, Griselda, *Feminismo en México. Revisión histórico-crítica del siglo que termina*, PUEG-UNAM, México.
- _____ (2002b), "Construyendo el Mundo, crónica de un movimiento transformador", Segundo Congreso La ciudad y sus cronistas. Historia, testimonio, literatura y periodismo, Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal, Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, Unidad Allende del Instituto Politécnico Nacional, México.
- _____ (2004), "Relaciones entre mujeres", en Cáceres, Carlos, et al., *Ciudadanía sexual en América Latina. Abriendo el debate. Sexualidades, salud y derechos humanos en América*, Universidad Peruana Cayetano Heredia, Lima.
- Fem* (1977), "Grupos feministas en México", vol. II, núm. 5, México.

- Fuentes, Adriana (2009), "Imagen lésbica a finales del siglo XX a través de publicaciones de la época", ponencia presentada en el Congreso Internacional El Cuerpo Descifrado, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.
- González, Cristina (2001), *Autonomía o Alianzas, El movimiento Feminista en la Ciudad de México 1976-1986*, PUEG-UNAM, México.
- Halberstam, Judith (2008), *Masculinidad femenina*, EGALES, Madrid.
- Hinojosa, Claudia (2002), "Gritos y susurros, una historia sobre la presencia pública de las feministas lesbianas", en Gutiérrez, Griselda, *Feminismo en México. Revisión histórico-crítica del siglo que termina*, PUEG-UNAM, México.
- La Revuelta* (1977), núm. 5, México.
- Mogrovejo, Norma (2000), *Un amor que se atrevió a decir su nombre. La lucha de las lesbianas y su relación con los movimientos homosexual y feminista en América Latina*, CIDAHL/Plaza y Valdés, México.

ENTREVISTAS

- Ávila, Alba Elena (2000), Entrevista realizada en la sede del PUEG.
- Jiménez, Patria (2000), Entrevista realizada por Gloria Careaga.